

CAPÍTULO XXV

Emprende Cortés su marcha á Tlaxcala.—Llega á la gran muralla que defendia la entrada de la república.—Algunas noticias respecto de la expresada muralla.—Penetra el ejército español en el territorio tlaxcalteca.—Algo sobre la república y el gobierno de Tlaxcala.—Aspecto del país.—Primera batalla entre españoles y tlaxcaltecas.—Se presentan á Cortés dos de los cempoaltecas que habia enviado de embajadores al senado, acompañados de cuatro mensajeros tlaxcaltecas.—Disculpan éstos al senado, del ataque reciente.—Pernocta el ejército español en una aldea.—Escasez de alimentos.—Vigilancia de Hernan Cortés.

Cortés ignoraba el resultado que habia tenido la embajada.

Hacia ocho dias que permanecia en el valle, y tres que habian partido los enviados á desempeñar su comision.

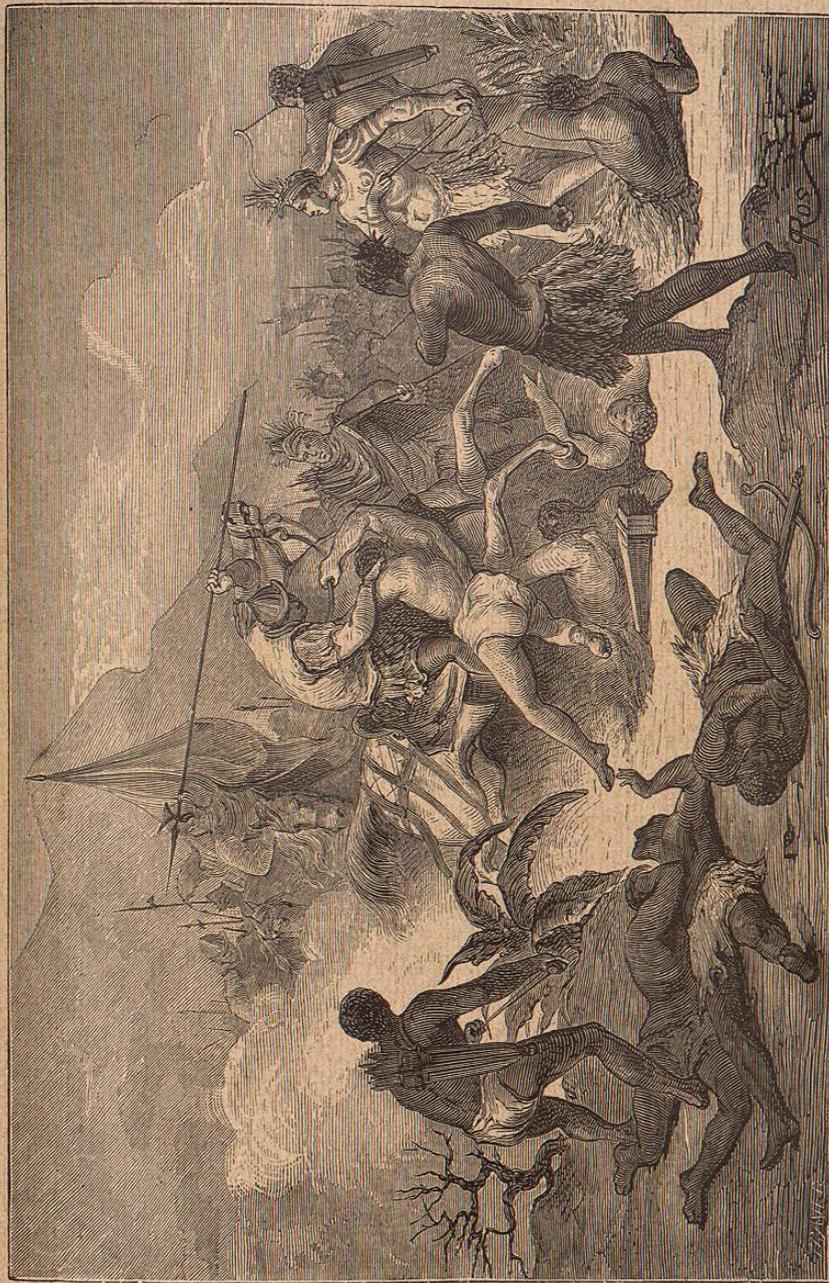
La tardanza de los nobles cempoaltecas empezó á in-

quietarle; pero informado por los otros jefes totonacos de que la distancia era bastante larga para poder verificarla en el tiempo que habia transcurrido, resolvió continuar la marcha hácia Tlaxcala, no dudando de que, mediante la buena amistad que reinaba entre cempoaltecas y tlaxcaltecas, su presencia no causaria alarma ninguna en los últimos.

Tomada la determinacion de partir, Cortés pidió al cacique veinte hombres de guerra para que le acompañasen en su marcha. El cacique se los cedió de muy buena voluntad, y le dió además dos indias para que hiciesen pan de maíz, y un collar de oro bajo, de poco precio.

Pocas horas despues, el ejército salia de Ixtacamaxtitlan, donde habia sido obsequiado por sus hospitalarios hijos.

El órden que llevaba la tropa, á pesar de ir en un país amigo, era igual al que pudiera observarse al caminar por territorio contrario. Una fuerza de seis hombres de caballería iba á la vanguardia; ocupaban el centro los arcabuceros y ballesteros; seguia la artillería conducida por los indios *tamemes*, y cerraba la retaguardia otra corta fuerza de caballería. Las tropas aliadas totonacas, mandadas por sus valientes jefes, y las sacadas de la guarnicion mejicana de Xocotla, formaban el ala. La vigilancia con que se veian precisados á marchar constantemente, apercibidos de continuo para el combate, durmiendo vestidos y armados, sin llegarse á descalzar siquiera, era capaz de hacer desfallecer el espíritu mas fuerte; pero aquellos hombres que llevaban cinco meses de una vida agitada y llena de penalidades, cruzando por intransitables caminos



BATALLA CON LOS TLAXCALTECAS

y mortíferos climas, parecían de cuerpos de hierro, insensibles al hambre, á la sed y á las tormentas. Pero aquella vigilancia era imprescindible para suplir con ella la falta de gente, combatiendo contra numerosos batallones de guerreros indios. «Somos pocos—decía Hernan Cortés á sus compañeros—y debemos estar siempre tan apercebidos para el combate, como si ahora viésemos venir sobre nosotros á nuestros contrarios» (1).

Los soldados caminaban contentos y llenos de esperanza en la buena recepcion que aguardaban de los tlaxcaltecas. Los nobles totonacos les habian asegurado que serian fraternalmente recibidos, y no dudaban de que muy en breve podrian dirigirse, en union de poderosas naciones amigas, á la capital del imperio azteca.

Dos leguas habian caminado por el pintoresco valle, acariciando los mas lisonjeros pensamientos, en relacion con la belleza y amenidad que presentaba la cultivada campiña. Poco despues el aspecto del país cambió notablemente, dejándose ver mas agreste y severo. El ejército habia salido del valle en que terminaba la línea de los pueblos pertenecientes á la corona de Méjico, y marchaba ya en el terreno intermedio entre las dos naciones rivales. De repente se detuvo ante un obstáculo que se presentó á su paso. Era una sólida muralla de cal y piedra, de siete varas de espesor y tres de altura, levantada por los tlaxcaltecas, y que dividia, por aquella parte, los estados de

(1) «Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear.»—Bernal Diaz del Castillo.

la república de los del imperio mejicano. La notable muralla, construida para impedir una invasion de parte de las tropas mejicanas, se extendia por mas de dos leguas, atravesando todo el valle desde la una á la otra sierra, y presentaba, en su parte superior, un parapeto de cerca de dos piés de ancho, que tenia por objeto cubrir á los que la defendian. Solamente una entrada ó puerta tenia la poderosa muralla, cuya anchura no excedia de diez pasos, formando un ángulo flanqueado y dos caras; pero dispuesta de forma que no se penetrase rectamente, sino dando vueltas por un paso de tres varas de ancho, dominado siempre por el parapeto interior (1).

Cortés se quedó mirando un momento aquella poderosa obra que revelaba el firme carácter de un pueblo guerrero que, como amigo, podia ser el poderoso aliado con quien diese pronta y feliz cima á la empresa; pero que, como contrario, podria presentarle obstáculos terribles.

La tardanza de los embajadores totonacos á quienes habia creído encontrar en el camino, y la vista de la formidable fortificacion, le hicieron temer una actitud hostil de parte de los habitantes de la belicosa república. Pero este pensamiento, lejos de desmayar su corazon, alentó su espí-

(1) La descripcion de la expresada muralla la hice en el primer tomo de esta obra, donde podrá verla el lector. Hernan Cortés, al hablar de la misma muralla, dice: «Era tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra á la otra, y tan ancha como veinte piés, y por toda ella un petril de pié y medio de ancho, para pelear desde encima, y no mas de una entrada tan ancha como diez pasos, y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra á manera de rebéllin, tan estrecho como cuarenta pasos, de manera que la entrada fuese á vueltas, y no á derechas.»

ritu guerrero y religioso, y empuñando con fuerza la espada, entró por la estrecha puerta diciendo á sus soldados: «Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la Santa Cruz, que con ella venceremos.» El ejército, participando de las ideas de su intrépido jefe, le siguió repitiendo: «Vamos, mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera.»

La puerta de la muralla, que siempre se hallaba defendida por una respetable fuerza de tropas otomies, se encontraba en esos momentos sin guarnicion ninguna.

El ejército español entró, por lo mismo, sin oposicion, en el territorio tlaxcalteca.

Esta tribu, que se habia establecido en el vasto país de Anáhuac á fines del siglo doce, mucho antes que los mejicanos, formó despues de sostener varias guerras contra diversos señoríos colindantes, la república que llegó á mantenerse siempre independiente, y contra la cual jamás alcanzaron ventajas las armas de los emperadores de Méjico. Era un pueblo guerrero y frugal, de carácter impetuoso y altivo, altamente celoso de su honor y de su libertad. Al principio, como dejo referido en el primer tomo, la nacion obedecia á un jefe; pero cuando la poblacion llegó á crecer considerablemente, la ciudad de Tlaxcala, que era la capital de donde tomó su nombre la república, quedó dividida en cuatro cuarteles, cada uno de los cuales estaba sujeto á un señor, á quien obedecian, á la vez, los estados dependientes de su respectivo cuartel. Estos cuatro jefes, asociados con otros personajes de la primera nobleza, que formaban, por decirlo así, la aristocracia respecto del comun del estado, componian el sena-